

vado del Maga-Meudong, y teníamos á 300 metros detrás de nosotros las barreras que cierran el país de los Prehangans y que no se pueden pasar sin un permiso especial. Las razones de aquella severidad son, si no disculpables, á lo menos fáciles de comprender. Aquel maravilloso país produce especialmente café, añil, cochinilla, té, clavo, pimienta, canela y nuez moscada que constituyen la riqueza de la Compañía de las Indias Holandesas: está poblado de dos millones de indios que se ocupan exclusivamente en el cultivo de estas especias, y las venden á los agentes de la compañía á precios insignificantes. Así pues, la administración paga el café á los cultivadores á razón de 6 rupias cada *picul*, y aun esta cantidad al pasar por las manos de algunos funcionarios indígenas llega al vendedor considerablemente disminuida. La administración vende el café á 40 rupias cada *picul*, de modo que gana en este solo artículo ocho ó diez veces mas que el productor. Semejante estado de cosas no puede durar sino por la profunda ignorancia en que se tiene á los indígenas respecto al valor de su trabajo, y cualquiera indiscreción puede comprometer la riqueza de la Compañía. De aquí nacen dos hechos muy graves; primero: el escaso número de empleados europeos y de soldados, encargados unos de la dirección de los asuntos civiles y otros del sostenimiento del orden público; y segundo: la implacable severidad que se despliega por cualquier falta insignificante de los indígenas. Por lo mismo se les prohíbe el uso del café, y en aquel país donde tan exquisita bebida les es necesaria, como el vino á nuestros labradores, la menor contravención á tan inicua ley se castiga con la pena de diez á veinte palos con un róten. Ya saben nuestros lectores lo que es este suplicio.

Al salir el sol nos hallábamos en una especie de mirador formado en la cima de la garganta del Maga-Meudong. Delante de nosotros se desplegaba el magestuoso país que nos proponíamos recorrer, y el horizonte estaba limitado por pintorescas montañas, unas cortadas á pico por uno de sus lados y otras en forma de pilon de azúcar. A nuestra derecha veíamos las primeras cumbres del Pangrango, cubiertas de magníficos árboles.

Comimos ligeramente en aquel mirador y fuimos á buscar los postres á pocos metros de allí, donde el amable é inteligente doctor Ploem ha aclimatado en obsequio de los viajeros hermosas fresas de Europa. Estábamos ya para comerlas, cuando oímos en el bosque inmediato un ruido semejante á un fuerte viento que rompiera las ramas de los árboles.

—Son monos, exclamó Mr. Abels, no nos movamos.

Pocos minutos despues vemos llegar en efecto á los árboles mas inmediatos á nosotros, primero uno, luego dos, y despues doce ó catorce grandes monos de color gris con la cabeza negra (*nan-nan*.—*Simia leucisca*).

Unos corrian por las ramas derechos y ayudándose con las manos, otros se colgaban de ellas: todos llegaban hasta los extremos flexibles de los tallos, en los cuales se balanceaban un instante para brincar á los árboles inmediatos. De repente nos ven, y toda la tropa hace alto y se oculta entre el follaje que la rodea.

Permanecemos inmóviles como estatuas, y en breve renace la confianza en aquellos vagabundos: nótese en ellos la curiosidad, y poco á poco por entre las hojas, asoman algunas cabezas peludas; sin duda somos para aquellos señores un objeto que les llama la atención. El mas animoso de ellos se adelanta, se cuelga á una rama y nos examina con escrupuloso detenimiento. Al menor movimiento nuestro hubiera huido toda aquella multitud, pero permanecemos inmóviles y asistimos á los juegos de aquellos vándalos que rompen y destrozan los hermosos árboles que les dan asilo y alimento. Hacen evoluciones increíbles. Uno de los monos se agarra á la cola de uno de sus compañeros que trepa por un tronco y se deja remolcar hasta las ramas mas elevadas; otro agrupado en un sitio que por la forma del árbol es un paso frecuentado, empuja siempre, arranca el pelo ó tira de las orejas á los que lo transitan al alcance de sus largos brazos. Se empeñan luchas cuerpo á cuerpo, á 15 ó 20 metros sobre el suelo, y terminan con la caída de uno y algunas veces de los dos campeones que se vuelven á agarrar en las ramas. Muchas veces recibimos sobre nosotros pedazos de madera que rompen en sus constantes evoluciones; pero no les he visto tirarnos voluntariamente y con fuerza como habia oido decir.

Nos levantamos por último, y los monos llenos de espanto huieron desapareciendo como un torbellino.

Queríamos ver el lindo lago que corona el Maga-Meudong y llegar si posible fuese á Sundang-Lahia antes de la hora del calor. Pocos minutos despues de haber tocado en el camino real que debíamos atravesar para ir al lago, encontramos un convoy de indígenas que se dirigian al interior. Iban dos mujeres en un *tandoc*, especie de palanquin en forma de bolsa hecho de ramas de bambú y de cuerdas de róten, el cual era llevado al trote por dos vigorosos coolies: detrás del palanquin iban los que habian de relevar á los primeros, seguian otros con víveres y el marido de las dos mujeres, porque en Java existe la poligamia como en casi todos los países mahometanos. La caravana pasó rápidamente á nuestro lado y todos indistintamente nos saludaron con atención.

Entramos en un hermoso camino lleno de sinuosidades por en medio de magníficos árboles, en los cuales ví extraordinariamente desarrolladas las orquídeas arborescentes, esas maravillosas plantas parásitas que prefieren la madera dura de los árboles tropicales al terreno mas fértil. En casi todos los troncos colgaban

manojos de admirables flores y ramos de hojas, algunos de grandes dimensiones.

Bajaba por el sendero un indígena y le preguntamos:

—¿Está muy lejos el lago?

—No, nos contestó; los señores no tienen que dar mas que algunos pasos.

En efecto, poco despues hallamos en medio de la mas sorprendente vegetación una masa de agua límpida y clara.

Quise bañarme, pero Mr. Abels me dijo que aquel baño equivaldría á una buena sangría, porque el agua estaba llena de sanguijuelas, y renuncié á mi proyecto.

Proseguimos nuestro camino hacia Sudang-Lahia, y bajando el sendero que costea el Maga-Meudong, vimos á lo lejos los estensos bosques de Rassa-Malah, cuyos gigantescos árboles son indudablemente los mayores vegetales de la creación; pero en medio de aquellos estensos é imponentes paisajes, me parecieron juguetes de niño, y resolvimos examinarlos mas de cerca despues de haber descansado de nuestra primera jornada.

En una revuelta del camino vimos á alguna distancia tres indígenas montados que se dirigian hacia nosotros. Cuando llegaron á corta distancia, los tres ginetes se quitaron sus grandes sombreros; antes de llegar se apearon, llevando los caballos de la brida, y en el momento en que nos reunimos se postraron delante de nosotros poniendo la cara en el suelo.

Asombrado é indignado á la vez, bajo del caballo, me adelanté hacia aquellos hombres y me pongo en la misma actitud que ellos. Nuestros coolies quedan como petrificados de sorpresa, y uno de aquellos hombres que levantó la cabeza me presentó la mas admirada de las fisonomías.

—¿Por qué te pones de rodillas delante de mí?

—Señor... es costumbre...

—Es una mala costumbre, porque tú eres hombre como yo, y nadie debe postrarse sino delante de Dios.

—Pero señor...

—No hay pero. Levántate y tus compañeros, y acercaos sin temor.

Obedecieron y les hice el *zala* al uso de la India, deseándoles feliz viaje, grandes riquezas y pronta vuelta.

Me dieron las gracias y se alejaron diciendo unos á otros.

—Seguramente este caballero no es holandés.

Reflexionando en aquella aventura, conocí que al dejarme llevar de un sentimiento de justicia y de humanidad, no habia sido prudente. En efecto, ¿quién sabe si aquellos infelices dejarían de prosternarse despues de la lección que acabo de darles delante del

primer holandés que encontrasen, y éste acaso mandaría que los apaleasen sin compasión si él mismo no se tomaba el trabajo de hacerlo por su mano?

En el camino tuve ocasion de dibujar esos lindos carros de ruedas macizas que se usan en toda la isla. Hago mención de esta circunstancia, porque me acuerdo que un indio al verme bosquejar el croquis, me dijo con sencilla ingenuidad y aludiendo á una antigua superstición indígena:

—Seguramente en la vida anterior debeis haber sido constructor de carros.

Por fin, sobre las dos de la tarde, y despues de doce horas de marcha á caballo, llegamos estenuados de cansancio á nuestra primera parada, donde el buen doctor Ploem nos recibió con cordial agrado.

Pasamos muy bien la noche, porque Mr. Ploem nos refirió muchas cosas curiosas de aquel país. Aquel sabio, que es á la vez un hombre amabilísimo, se ha propuesto estudiar los volcanes de Java, y hace mucho tiempo que vive en la parte de la isla donde existen en mayor número. Durante una de las mas terribles erupciones del Merapi, volcan que causó la muerte en el último invierno á mas de treinta mil personas, el doctor Ploem subió á la cúspide del cráter, que además de torrentes de llamas y de lava fundida, exhalaba tales emanaciones, que los indios que le acompañaban, medio sofocados por el calor, el humo y los gases deletéreos, se negaron á seguirle y abandonaron al intrépido observador, que continuó subiendo por la montaña á pesar de los atroces sufrimientos que experimentaba.

Mr. Ploem hizo observaciones científicas de gran interés en aquella peligrosa ascension; vió con sus propios ojos los fenómenos mas estraños y mas desconocidos, y en la obra que estaba escribiendo cuando pasé á Sudang-Lahia, se encontrarán los maravillosos resultados de su decidido amor á la ciencia.

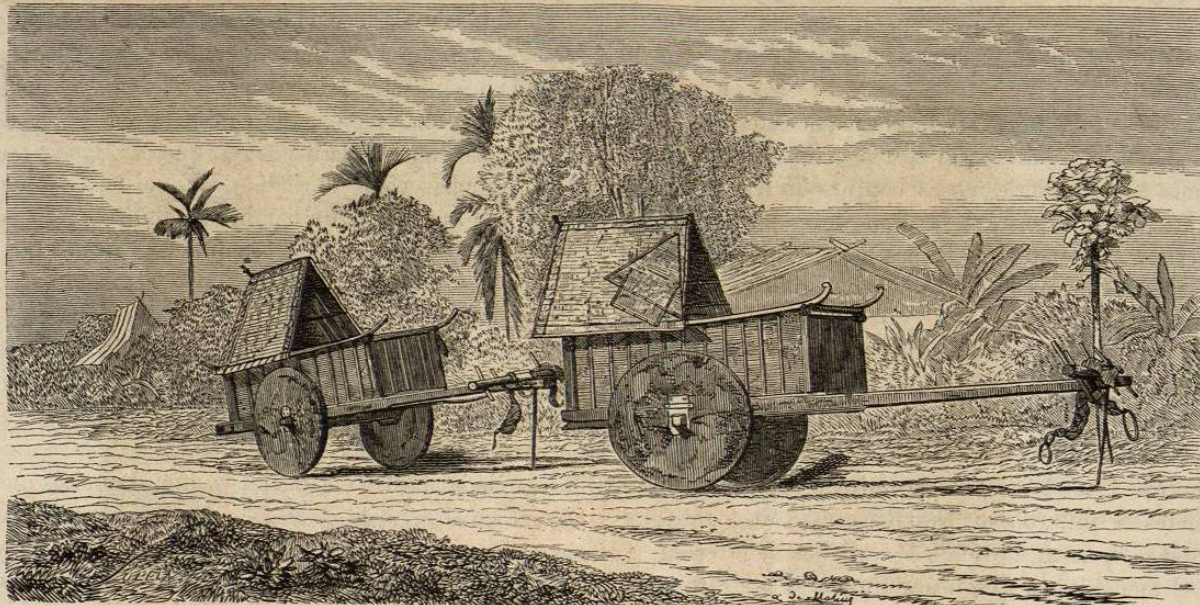
Sin embargo, la situación del explorador era cada vez mas crítica, y puede decirse que se libró de la muerte por una milagrosa casualidad. En efecto, cuando observó el daño que le producía la atmósfera que le rodeaba, quiso volver atrás para buscar otra región mas respirable; pero principió á marearse, y aunque se alejó cuanto pudo del anchuroso boquero del cráter, cayó al suelo quedando sin conocimiento por espacio de tres dias y tres noches sin que le tocasen los arroyos de lava y las rocas incandescentes que rodaban por la montaña.

Unos indios vieron por casualidad á Mr. Ploem, y dijeron á las gentes de la llanura que habian encontrado el cuerpo de un europeo. Se sospechó que era el cadáver del doctor y se preparó una expedición para ir á buscarle. El doctor no estaba muerto, pero le faltaba poco. A consecuencia de los ardientes dias y de las húmedas noches y de los millares de picadu-

ras de hormigas y mosquitos, fue atacado de una de esas fiebres que ordinariamente son mortales en Java. Estuvo por muchos dias en grande peligro, y por fin cedió la enfermedad, dejando á Mr. Ploem en un estado del que no saldrá jamás. El valor científico de aquel hombre no tiene ejemplo, y es superior á todo elogio.

Entre las cosas curiosas que ví en casa de monsieur Ploem, hay colecciones de animales raros muertos y

vivos, entre ellos cinco magníficas boas. Estos reptiles habian vivido mucho tiempo en una habitacion inmediata á la alcoba del doctor, pero como hacian mucho ruido por la noche mandó construir para ellos una casita de piedra seca en un ángulo del jardin. Un dia encontró las paredes derribadas habiéndose escapado las serpientes. Afligido con la irreparable pérdida que acababa de sufrir, fué en busca de las fugitivas y encontró una de ellas que era la mas her-



Carros de Java.

mosa de todas en un arrozal. Lanzarse á él descalzo (porque el doctor habia salido como se hallaba en la cama), coger el reptil de la cola y llevarle á la fuerza á su casa, fue para el heroico naturalista cosa de pocos momentos. Allí ví á aquel hermoso animal, no entumecido y enfermizo como los que tenemos en nuestras casas de fieras, sino vivo y alegre como un huésped querido y bien cuidado.

Mr. Ploem posee tambien un beo que me entretuvo mucho por su talento ventriloco. El beo es seguramente un pájaro de los mas extraordinarios. Es algo mayor que el mirlo de Europa y negro como él, con el pico y las patas amarillas, pero se diferencia en la forma general del cuerpo, en el aspecto particular de la cabeza, y en las orejas de piel amarilla que le dan una fisonomía diferente de la de los pájaros de los paises frios. Sobre todo es inapreciable el beo por su talento de imitacion, superior al del papagayo. El de Mr. Ploem, cuya jaula se halla situada á corta distancia de la cuadra y del corral, se ha dedicado especialmente á imitar el cacareo de las gallinas, el canto del gallo, el arrullo de las tórtolas y especial-

mente el relincho de los caballos, á los cuales imita con tal perfeccion, que por mas que se observen las ondulaciones de su garganta parece que el relincho sale de la cuadra y no del pico de aquel animal misticador.

No dejaré la habitacion del doctor, sin mencionar los manantiales de agua helada y de agua casi hirviendo que salen del suelo á pocos metros de distancia uno de otro, y la hermosa coleccion de orquideas arborescentes que se halla en el jardin botánico confiado á Mr. Ploem, y donde están reunidas casi todas las variedades de esas plantas, que presentan á los naturalistas tan fecundos motivos de estudio.

Tenemos sin embargo que marchar, porque queremos llevar á cabo nuestro proyecto de ver de cerca los Rassa-Malah (*Liquidambar Rassa-Malah*) que son los mayores árboles del pais de Java.

Vimos al principio varios cafetales, luego llegamos á comarcas mas despejadas, y despues de hora y media de marcha nos encontramos en los primeros jungles que son menos altos y menos espesos que los que atravesamos cuando subimos al Salak; pero difi-

cultaban extraordinariamente nuestro viaje. Era una espesura formada en su mayor parte de plátanos salvajes con sus hojas de color verde claro por un lado, y por el otro con manchas encarnadas y oscuras. Nadábamos en olas de plantas de toda especie; admi-

rábamos sobre todo los grandes helechos de tronco sólido (1) de hojas graciosas y regulares; esos grandes helechos que participan á la vez de las flores por su delicada forma, de los pájaros por su hermoso color y de los árboles por su imponente altura.



La rassa-malah, cerca de Boghor.

De repente el guia que nos dió Mr. Ploem y que sabia el objeto de nuestra excursion, se detuvo y nos dijo:

—Aquí teneis.

—¿Qué? pregunté.

—El primero de los grandes árboles, el que se ve desde el Maga-Meudong.

Y señaló á una especie de torre con la cima forma-

(1) Encontramos en el camino una choza notable, porque toda su armazon estaba formada de troncos de helecho de 20 á 25 centímetros de diámetro. He visto algunas de estas plantas tan altas como las palmeras del jardin de aclimatacion de Argel, que tienen 6 ó 7 metros.

da por ramas y hojas, pero que seguramente nunca hubiera creído que era un árbol.

—Este es pequeño, me dijo, pero yendo mas arriba verá el señor otros mayores.

En efecto, aunque la muestra que habíamos visto sobrepujaba los límites de lo verosímil, nos convenimos al llegar á la orilla del inmenso bosque, que los árboles eran cada vez mayores. Observé sin embargo una cosa rara: casi todos estaban enfermos, y muchos de ellos negros en la parte superior estendian en el espacio sus brazos descarnados. Me dijeron que la causa de ello era el sol, porque aquellos vigorosos vegetales no podian soportar sus rayos.

No puedo expresar ahora no teniendo á la vista la realidad, la impresion de recogimiento que me inspiraron aquellos colosos, verdaderos patriarcas de los bosques, testigos sin duda de las antiguas creaciones y de épocas en que la naturaleza se hallaba todavía con toda la fecundidad de su juventud, y los cuales permanecian aun de pie rodeándome con la columna de sus gigantescos troncos y cubriéndome con el follaje de sus enormes ramas.

El dibujo que damos aquí; representa el estremo de aquella zona de troncos enfermos y el principio del bosque. En mi opinion, aquel es uno de los sitios mas hermosos de toda nuestra escursion.

En aquel momento empezó á cernerse una lluvia fina que desprendió de los árboles multitud de sanguijuelas terrestres, que introduciéndose por el cuello y las mangas de nuestros vestidos, se agarraron al cuerpo y nos llenaron de sangre. Los indios nos desembarazaron de ellas frotándonos con limon, fruta que como se sabe, nace allí en todas partes.

Al bajar pasamos al lado de los campos de quina aclimatada en Java para mayor prosperidad del gobierno holandés.

Después encontró nuestro guia en un tronco de árbol completamente podrido, un enorme capricornio cuyas antenas plegadas eran mas largas que su cuerpo y nos hizo una descripcion de las sucesivas transformaciones de aquel animal que es primero larva, luego crisálida y últimamente insecto brillante, con una precision que yo no esperaba.

No era la primera vez que observé en los malayos conocimientos de historia natural y en esta parte están mucho mas adelantados que nuestros campesinos. Conocen los reptiles y los insectos venenosos, y los medios de curar las mordeduras y picaduras, asi como las plantas y sus diferentes propiedades; pero debo advertir que algunas veces emplean estos conocimientos científicos para objetos criminales.

En mi opinion, lo que se dice de la ferocidad de

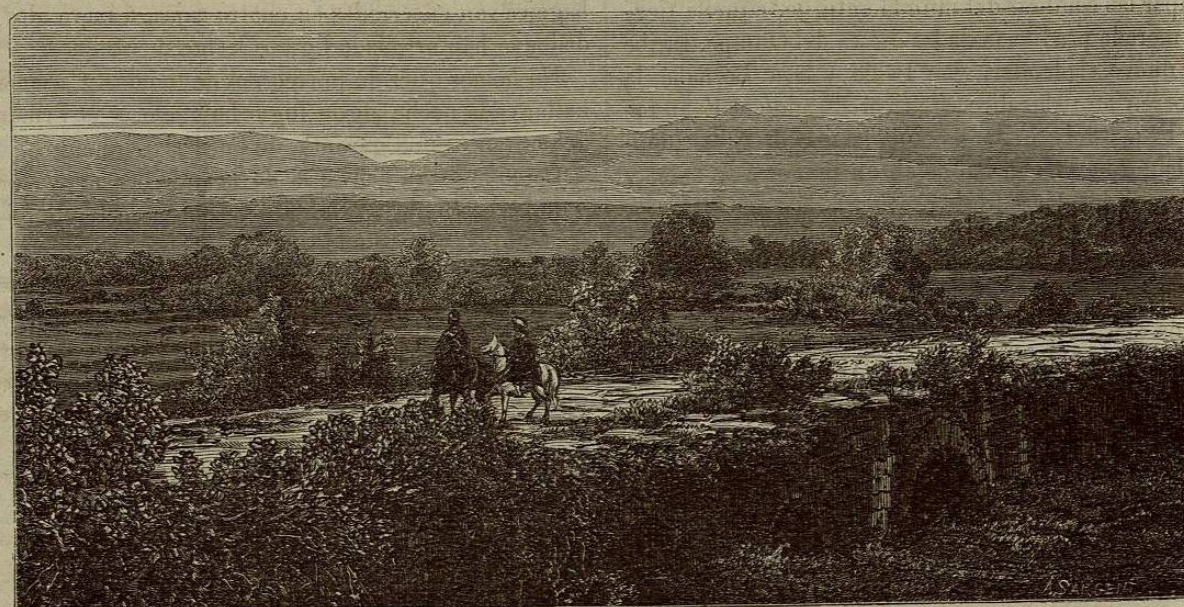
los animales de Java es exagerado, y me he convencido de ello, recorriendo los parajes llenos de fieras y reptiles de todas clases, y aunque muchas veces llevaba roto el calzado y vestidos ligeros, nunca me han comido los tigres ni sorbido los boas. Tengo fundamento para creer por tanto, que las serpientes y los escorpiones huyen casi siempre del hombre, y que los tigres y las panteras se asustan de las pálidas caras de los europeos, cuya tez descolorida por la continua traspiracion y cuyos ojos claros animados por la calentura, tienen algo de temible para los animales habituados á ver la hermosa carne dorada de los malayos y sus ojos ordinariamente dulces y velados siempre por largas pestañas: en una palabra, no somos apetitosos. Además, he visto muchos ejemplos de fieras completamente domadas, y que en muchos años no han dado ninguna señal del carácter que se atribuye á su raza.

Pero en cuanto á los venenos compuestos y frecuentemente empleados por los indios, todo lo que se ha dicho no llega á la verdad. He visto durante mi permanencia en Java muchos europeos envenenados por los indígenas. Las sustancias mas generalmente empleadas son las que desarrollan enfermedades conocidas y naturales: solo citaré las hebras cortas y negras que rodean los nudos del bambú verde, y que producen el reuma incurable en el cerebro, la bronquitis crónica y la tisis pulmonal, segun se fija en las fosas nasales, en los bronquios ó en el pulmon.

Pero el tiempo empeoraba cada vez mas, y volvimos á tomar el camino de Boghor donde llegamos en un estado fácil de adivinar, despues de diez y ocho horas de espantosa lluvia, y donde nos metimos en la cama para preservarnos de las calenturas y descansar de las fatigas.

Pocos dias despues salí de la casa de Mr. Grenier, dejando mi lindo pabellon de la *Villa D'amore* y llevando el triste presentimiento de que no volveria á ver á aquel hombre que tan bien me habia recibido. No me equivoqué: apenas volví á Francia, supe que Mr. Grenier habia sucumbido poco tiempo despues de mi marcha, envenenado con uno de esos venenos de que acabo de hablar, por un enemigo suyo.

Por último, el 10 de marzo de 1861, vi huir las costas de Java, como en 5 de enero de 1858 ví desaparecer las de Francia. El vapor correo me llevaba en sus grandes alas de hierro. Agitado con mil diferentes pensamientos, miré por largo tiempo el horizonte detrás del cual acababan de hundirse las costas de aquel hermoso país, donde espermenté dulcísimas sensaciones contemplando las maravillas de la naturaleza y penosas emociones al ver la esclavitud de mis semejantes.



Puente de Sophon construido por Justiniano sobre el Sangario entre Sabandja y Ada-Bazar.

## VIAJE DE CONSTANTINOPLA A EFESO,

POR EL INTERIOR DEL ASIA MENOR.

BITINIA FRIGIA, LIDIA Y JONIA.

POR EL CONDE A. DE MOUSTIER.

1832.

### I.

Grandezas pasadas del Asia Menor.—Interés que todavía ofrece á los viajeros.—Firman.—Salida de Constantinopla.—El Golfo de Izmid.—Calcedonia.—Nicomedia.—Sabandja.

Entre todas las provincias sometidas al poder del sultan, ninguna como la Anatolia para que el viajero pueda estudiar las costumbres de la raza turca, sin sacar esas consecuencias estremas que todos los dias vemos formuladas. En Constantinopla se hallan, entre los hombres á la antigua, mas desconfiados é intratables que en cualquiera otra parte, y los refinados que, en París ó en Lóndres se han despojado de la originalidad del carácter nacional, para volver á su patria con un gran fondo de escepticismo, y con un gusto mas pronunciado por nuestros placeres que por nuestra laboriosidad. Las masas populares se resienten allí del continuo contacto de los extranjeros.

En Siria, en Bulgaria, en las provincias griegas, los turcos viven, por decirlo asi, en un país enemigo, y no se les podria juzgar bien, como no se juzgaria bien á los ingleses en Irlanda ó en las Indias.

En la Anatolia, al contrario, están en su país, y

aquí ya aparece su carácter sin violencia, con sus virtudes y sus vicios: sin trazar ahora el bosquejo moral, cuyos elementos he podido recoger, solamente esplicaré la razon por qué, dejando á Constantinopla, me he dirigido hácia unas comarcas que los extranjeros rehusan visitar.

Por otra parte, el atractivo de los grandes recuerdos no bastaba para llamar mi curiosidad hácia el Asia Menor donde fueron, desde las primeras edades de la historia, mas pueblos y hombres famosos que en los demás países?

Allí, Sesostris el Egipcio, combatió hace mas de tres mil años contra los escitas venidos de los páramos del Norte; allí los dioses y los héroes realizaron sus fabulosas hazañas: Homero, que cantó la primera epopeya, el sabio Thalés, el ingenioso Esopo, Herodoto, Apeles... son hijos del Asia Menor.

Grecia encontró en ella como una segunda vida en sus colonias, que por el esplendor de sus artes y letras no cedieron á la madre patria, y hasta Roma se complacia en encontrar allí su cuna.

Aquel suelo clásico ha sido el campo de batalla de las luchas colosales empeñadas entre el Oriente y el